

XX y Literatura Latinoamericana y Chicana —; y su publicación "Interplay of silence and noise in *El Jarama*", en *Selected Proceedings of the Pennsylvania Foreign Languages Conference*, 1988, págs. 63-71. De los cargos desempeñados en su carrera docente mencionamos los más recientes: Profesora Asistente de Lengua y Literatura españolas, en Marshall University, en la actualidad; el mismo cargo en la Universidad de Ohio (1985-1988); Profesora Asistente en el Departamento de Lenguas Modernas, en la Universidad de Saint Louis (1973-1985); Profesora de español en intercambio (Comisión Fulbright) en Windsor Junior High School (1971-1973); Profesora de Español para Extranjeros, en la Pontificia Universidad Javeriana (1967-1971).

* * *

CARTA A JULIO FERNÁNDEZ-SEVILLA POR MANUEL ALVAR*

La Goleta, 21 de junio de 1986

Mi querido Julio:

Hace algún tiempo que no sé de ti, y hoy la decisión ha quebrantado desasosiegos y zozobras. Siempre mañana y nunca mañanamos, pero he roto a escribir y empiezo de forma natural: «no sé de ti».

* El profesor Julio Fernández-Sevilla fue un excelente colaborador del Instituto Caro y Cuervo y un gran amigo de Colombia. Con motivo de su fallecimiento, en 1985, *Thesaurus* publicó una nota necrológica en el tomo XLI, 1986, págs. 406-407.

Esta carta literaria — poesía en prosa — fue escrita por D. Manuel Alvar, catedrático de la Universidad Complutense de Madrid, con el afecto del buen maestro. El profesor Alvar ha sido constante amigo del Instituto Caro y Cuervo y ha participado en sus labores docentes e investigativas con muy valiosos aportes.

Reproducimos esta simbólica misiva como nuevo homenaje a la memoria de Fernández-Sevilla y porque en ella se leen evocadoras alusiones a personajes y vivencias de nuestra patria y a personas de nuestro Instituto: Luis Flórez, Rafael Torres Quintero, Ismael Enrique Delgado Téllez, Gerardo Valencia.

Y, sin embargo, tu respeto se escudó siempre en un usted que no casaba, y mi timidez nunca se atrevió al tuteo. Sí, es verdad, yo debiera habértelo dicho, como a veces lo digo, pero entonces nos encontrábamos cómodos con esa distancia de edad que acercaba los afectos más allá — y más acá — de los pronombres. Porque, ¿en quién confiar más que en mí? ¿Y en quién tengo yo apoyo como el tuyo? Desde hace años, nos sabíamos juntos y el usted seguía como un suave remilgo del que no nos apartaba la pedantería del oficio. *Vuestra merced*. ¿No es una fórmula muy hermosa? *Vuestra* ya es *tú*, y *merced*, la gracia del regalo. ¿Recuerdas, verdad? En Bogotá con las mercedes en los labios que musitan palabras de halago y de susurros conventuales. Tú y yo, siempre usted. Lo que son las cosas. Y, sin embargo, hoy no sé tratarte sino con ese extraño pronombre que entre nosotros nunca estuvo. Porque, de repente, el tiempo se borró y éramos los dos iguales. Un poeta amigo escribió hace muchos años: « Nunca envejecerás en mi recuerdo ». Por eso cada vez más tú y menos usted, pues mis días siguen y siguen y tú estás detenido en una juventud inmarchita.

Sí, quería escribirte porque no sé de ti. ¿Recuerdas? Fue el 7 de diciembre en Las Palmas. Yo buscaba algo para Elena, una tablita india de marfil, y paseábamos juntos. Los tenderos se empeñaron en que íbamos a ver jugar al Zaragoza, porque para eso (¿para eso?) éramos peninsulares. Y, sin embargo, íbamos a celebrar a un gran maestro que no lo había sido ni tuyo ni mío, pero del que nos creemos discípulos. Dámaso Alonso nos llevó a nuestras Islas. Pudimos pasear aquel sábado. En avión se iba el domingo muy pronto. Madrugamos para estar juntos. Proyectos, esperanzas. Cercanía de la Navidad cuando otra vez nos encontraríamos. Yo, como siempre, tenía prisas. Todos me acucian y tenía que apresurarte. Era la noche del 12 de diciembre; te llamé a Granada: Esté tranquilo, don Manuel, mañana me habrán copiado el trabajo. Sí, decías verdad (siempre) y llegó mañana. Tuviste que ir a Jaén, pero Loli encontró las cuartillas sobre tu mesa y las corregí yo. Anteayer vino Loli a casa: vio tu trabajo. Estaban galeras ajustadas para que el libro salga antes de nuestro Curso de Filología. (Ahora dudo con el título, ¿*Lenguas y dialectos de España*? Y no podrás contestar a mi pregunta. Sí, lo de siempre: retienen la publicación y, luego, todo son prisas. No te desazones, ya sabes que nada merece que nos agobiemos. Ya veré de ponerle el título, aunque tu juicio se retrase algunos días. Si me contestaras pronto, tal vez valieran tus consejos, pero guárdame un poco de tu paz, mejor que serenarme esta escaramuza de palabras).

Quería decirte que el 14 de diciembre no pude ir a Granada. Clausuraba en Ávila un curso sobre San Juan de la Cruz. Y me era imposible faltar. Tú sabes muy bien qué es eso. Pero no sabes cómo quería decírselo a Loli. Loli, tan en soledad entera, desde el otro

extremo del teléfono. Sólo Elena y usted (¿ves otro usted?) podían consolarme esta noche. Yo pensaba en San Juan de la Cruz y, mientras caían las últimas hojas de los árboles de la Colegiata, en la casa de Santa Teresa estábamos contigo. (Y con Pascual, y con Nicolás). Sonaban ya los maitines en el cielo porque — lo sabes y bien — las horas se adelantan en las tierras de santos y de cantos: maitines, aunque el frío haga tiritar el alma cuando el sol se cae. Fíjate lo que son las cosas: aquella tarde Mariano de Andrés, con Pilar y con Ofelia, se acercan a estar conmigo. Empecé a hablar y había un mensaje cifrado que yo te enviaba a ti. Y Mariano, tan circunspecto, ¿qué significaban las primeras palabras?, rompió en un sollozo. (Porque, sabes, un día yo tenía que hacer una visita, digamos, importante: prisas, correr, metros, autobuses. Los taxis no pasaban y el tiempo se iba. Cerca de la Nunciatura nos apurábamos, Loli, Mariano, yo. ¿Sabías aquel día quién era Loli? Y en Ávila volvimos a cruzarnos, otra vez prisas, con San Juan de la Cruz que llegaba temprano a sus maitines).

También quiero contarte que hemos vuelto de Santa Bárbara, porque lo recuerdas muy bien: hace veinticinco años yo volví de Santa Bárbara y tú me esperabas para siempre. Fue entonces cuando nos conocimos, cuando íbamos a hacer encuestas con los marineros de Motril, cuando tuvimos no sé qué percance, cuando empezamos a tenernos ley. Te recordamos mucho en Washington y en unos avioncitos chicos que parecían el tubo de la risa. (No, Elena, no se reía). Porque esto de los aviones no acaba de aclararse: aquel día en que uno grande se escoraba hacia la derecha y el cinturón ya no te servía y caías sobre mí, y el avión renqueaba, y el ala de mi lado cada vez se acercaba más a la torre de la catedral, hasta que algo pasó y ya empezó a remontar, cuando todos — también tú y yo — pensábamos que nos caíamos. Cuando le vi a usted, con tantos aviones a cuestras, con tantos cielos cruzados, creí que no saldríamos. Y, sin embargo, salimos. Salimos para que tú pasaras otros miedos. ¿Recuerdas? Nos ofrecían droga (no), mujeres (no), hombres (no), negros sin estrenar (no). Es el Caribe, Julio, aquí la sangre hierve mucho, pero no llega al río. (Y nos quedábamos colgados de una persiana metálica porque la calle se había inundado y los desagües no regurgitaban y el bordillo de la acera rebosaba de tarquines. Nos dura todavía la pasión de aquella ciudad increíble, ¿recuerdas qué nos dijo el doctor Cervantes en el autobús tempranero? Las calles: Coche del Gobernador, Moriscos, Virgen del Endrinal, ¿no eran nuestras calles?) Y, fíjate, Gerardo Valencia me ha mandado *Los poemas tardíos* y, en la dedicatoria, me habla de ti. Todos me hablan de ti. ¿Viste la foto en que tú estás con Luis Flórez? ¡Pobre Luis! ¿Y la otra con Rafael Torres Quintero? Me parece, Julio, que hemos envejecido mucho en quince años. Pero, acaso, sea culpa de las *Noticias Culturales*, que nos juegan alguna mala

pasada. ¡Este don Isma! Y aquí, el libro de Gerardo, tan frágil criatura Gerardo, y tan gran poeta, y las *Noticias Culturales* me han hecho pensar —otra vez— en ti. ¿Cuántas veces estuvimos juntos en Colombia? Siguen los amigos. Otros no. Tal vez con ellos te hayas encontrado y recordarán los fines de semana en Mesitas, con Sofía y Rafael, con Beatriz y Gerardo, con Efraim y su alcotán. ¡Dichoso alcotán! La tomó con mis alpargatas blancas y venga de quererme picar con su tac, tac, con su ojo quieto, con sus carrerillas amagadas. ¡Se oía, tan solemne la quebrada! Y tirábamos al sapo con los tejos y yo no daba una porque el alcotán —tac, tac— la tenía tomada con mis pies y estábamos de invitados y no hacía bien decir palabrotas o retorcerle el pescuezo, tan largo, al dichoso alcotán. Lo peor vino después, cuando publicaron nuestros versos. (Los tuyos, tan recatados. Nunca me dijiste nada. Los míos con un fantasma de alcotán al fondo).

No sé si han llegado nuevas de nuestros amigos: Caro entró en la Academia y Gregorio fue elegido. Cuando os encontréis por culpa de ese homenaje en que andáis metidos, tenéis motivo para muchos comentarios, porque Humberto está otra vez aquí (sí, fue a buscar el correo a San Juan y volvió) y María vendrá un día de estos. Por lo demás, nació una nueva Elenita y Carlos se vino cerca. Como ves, poca cosa. Al fin y al cabo sólo hace seis meses que no nos hemos visto.

Anteayer vino Loli de Granada. (Hoy habrá regresado). Traía la tesis acabada. ¡Qué mujer admirable! La leerá en septiembre u octubre. El trabajo está muy bien, es interesante y han salido cosas muy bonitas. Queda poco de aquella muchachita que tú conociste en mi Departamento: tiene erudición, sabe encontrar el meollo de las cosas y las cuenta bien. Me divierte ver su desparpajo para citar todo lo humano y lo divino, lo viejo y lo nuevo, lo propio y lo ajeno. Pero ya sabes: yo no estaré en el tribunal porque el ponente es sancionado por dirigir trabajos y al candidato se le castiga por trabajar: ésta es una de las grandes mejoras de nuestra Universidad que, de verdad, sigue siendo muy diferente y por fortuna se acerca a las del tercer mundo. Pero no pases zozobras: el libro es bueno y Loli tiene mucho espíritu. Además, nuestro gremio —el nuestro— se parece muy poco a otros cargados de odios y rencores, y, por si no bastara, tu nombre asocia connotaciones de bondad y honradez, que aún son buenas para andar por este bajo mundo.

Seguiré contándote cosas. Tengo que examinar y acabar unas lecciones en Cultura Hispánica. Luego, el curso de Málaga: será largo y cansado. Por las mañanas iré al Ejido y no sé con quién patearé los pasillos o cómo miraré los verdes que tranquilizan la acritud de los patios. Tampoco iremos por las tardes a comer chanquetes, ni veremos los melocotones redondos y pintones de todos los veranos. Pero no te desazones, todo saldrá bien gracias a tu presencia cuidadosa.

No apresures el reposo y despreocúpate de todo. Haz lo que necesites: busca libros, ve museos y, en los atardeceres, pasea. Ya sabes que me gusta mirar el festón nacarado de las nubes y el orijosco de los lubricanes. Cada día traerá la inquietud del siguiente, hasta que el curso llegue a su fin. Entonces volveré a escribirte para decirte que sigas tranquilo, que nosotros cuidaremos de Loli y de los niños y que no somos tan calamidad como aparentamos. Si entonces, al pasear, te encuentras con Pascual y con Nicolás, diles que también los recuerdo mucho. Pero tanto viaje, tanto quehacer, tanta vida azacaneada me tienen sin respiro. Cuéntales todo esto: van tan mal los correos que pienso si no conviene retrasarse un poco para que los carteros cumplan y no se malhumoren.

Gracias por haber llegado al final de esta memoria. Adiós, Julio.
Un abrazo.

MANUEL ALVAR.

En *Lingüística Española Actual*, Madrid, Instituto de Cooperación Iberoamericana, t. IX, 1987, págs. 7-10.